



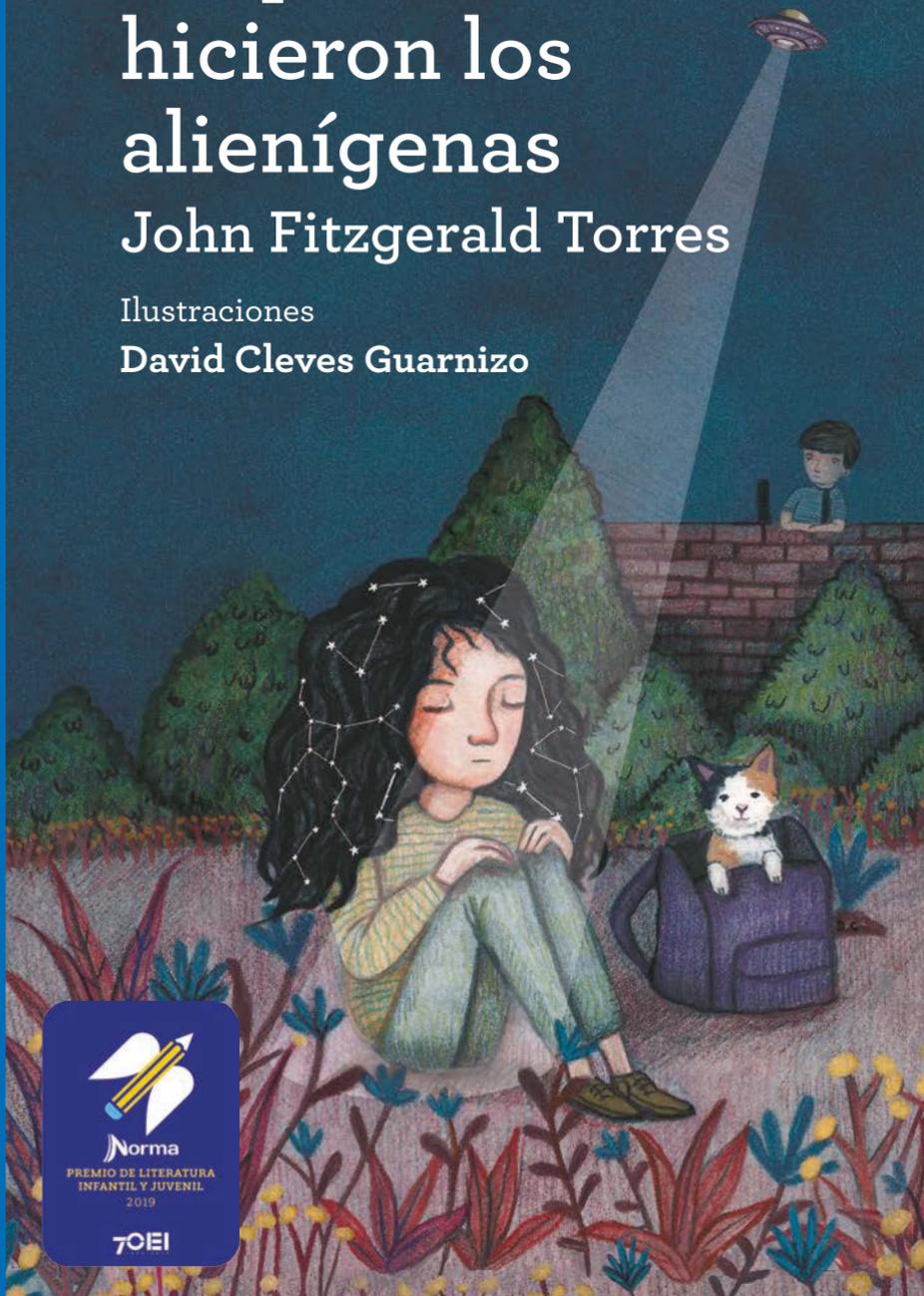
TORRE

# Lo que una vez hicieron los alienígenas

John Fitzgerald Torres

Ilustraciones

David Cleves Guarnizo





Lo que una vez hicieron  
los alienígenas  
John Fitzgerald Torres

Ilustraciones  
David Cleves Guarnizo

 Norma

[mx.edicionesnorma.com](http://mx.edicionesnorma.com)

*Para BibiG, SarahL y FranF, mis amores.*

*“Esta figura que vuestra merced en mí ha visto, por ser tan nueva y tan fuera de las que comúnmente se usan, no me maravillaría yo de que le hubiese maravillado”.*

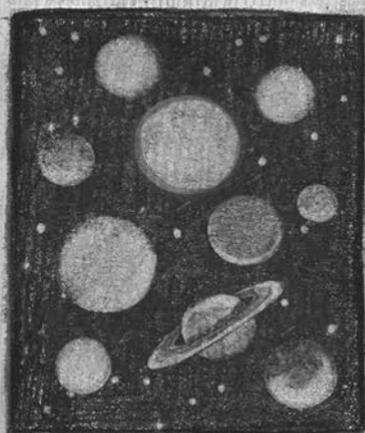
Don Quijote, Segunda Parte, Cap. XVI

$$\begin{array}{r} 2 \\ \hline 3 \end{array} + \begin{array}{r} 4 \\ \hline 5 \end{array}$$

(x)

$$\frac{4}{5} = \frac{10}{15} + \frac{12}{15}$$

$$\frac{4}{5} = \frac{10}{15} + \frac{12}{15} = \frac{22}{15}$$



## 1.

E se día la visitante dijo que venía de otro planeta. Así nada más.

—Hola. Vengo de otro planeta —dijo.

Y caminó por el pasillo del salón hasta el fondo.  
Lentamente.

Sánchez dio un pequeño salto y, sin mirarla, como para no contagiarse de cualquier virus del espacio exterior, se desplazó unos centímetros a la derecha para hacerle sitio en el pupitre, el único lugar disponible.

Y ahí se sentó, la alienígena (o se dejó caer).

Y luego hundió la cabeza entre los hombros y no se movió de allí en todo el resto de la clase.

En todo el resto del día, para ser exactos.  
Ni siquiera para salir al recreo.



Nada de una cabeza enorme y desproporcionada, ni oblicuos ojos oscuros, ni antenas vibrátiles o pequeños brazos de tres dedos, ni casco, ni traje espacial.

No, nada de eso.

Tenía dos piernas, dos brazos –con sus respectivas manos y cada una con sus cinco dedos respectivos–, una cabeza del tamaño adecuado –con los ojos y la nariz y la boca y las orejas en el lugar correcto– puesta sobre el cuello, y todo lo demás. Como cualquiera de nosotros.

Solo era un poco flaca –incluso más que Isabel Rodríguez, que era de Cuarto C– y con un color especial en la piel, un tanto más crema tostado, diría yo, algo menos clara.

Su pelo era muy negro y largo, en sortijitas, atado en la nuca en un moño grande.

Sus ojos amarillos sí impactaban, y mucho.



Cuando dijo de dónde venía todos lo entendimos claramente. Pero su voz tenía algo así como ecos salidos de una playa, eso imaginamos, al menos los que conocíamos una playa, con soles anaranjados y palmeras muy altas, con el mar inmenso, inquieto, y esa arena mojada que no se te despega nunca.

Claro que parecía que los zapatos le quedaban grandes, y cuando caminó por el salón para llegar al pupitre de Sánchez, que llevaba un mes solo y se sentía allí un rey a sus anchas, vimos que los arrastraba para que no se le quedaran atrás, como si los zapatos le pesaran.

No miró a nadie, ni cuando dijo de donde venía. Se dejó caer en el pupitre como si llegara de jugar un partidito y por su culpa su equipo hubiera perdido 5 a 0, o más.

Adriana Marteli, que ese día estaba cumpliendo años, le llevó una colombina hasta el pupitre, como para animarla. Pero la alienígena apenas la miró de reojo y volvió a clavar los ojos en el suelo.

No quería estar allí. Eso era seguro.



—¿De otro planeta?

—Sí, eso dijo. ¿No la oíste?

—O sea... ¿del espacio exterior?

—Ajá, así es.

El tema de charla en el recreo fue, desde luego, la alienígena.

—Pero eso no puede ser.

—¿No? ¿Por qué?

—No creo.

—¿Nos invadirán?

—¿Por qué dices eso?

—¿A qué otra cosa vienen los extraterrestres?

Pues a invadir.

—A ayudarnos, tal vez.

—¿Ayudarnos a qué?

—No sé, a evitar que nos destruyamos con bombas y...

—Pero esta no es una extraterrestre. Eso lo dijo para no sentirse mal.

—¿No será de otro país?

—¿Otro? ¿Cuál?

—No sé, ese de donde la gente se está saliendo.

—¿Dónde?

—...

—No creo.

—Vendrá de la frontera, tal vez.

—¿Huyendo o qué?

—A lo mejor.

—Pero dijo que venía de otro planeta...

—O de algún pueblito del campo, vino.

—Sí, pero dijo que era de otro planeta, eso dijo.

En lo que sí parecíamos estar de acuerdo todos era en que cada día había más como ella, por todos lados; que era una verdadera invasión, pero muy lenta, y no como la de *Independence Day* o la de *Legion*. Aunque, a decir verdad, a ninguno le constaba de manera directa, solo era lo que habíamos escuchado decir.

Pero ella era la primera en llegar al colegio.

Y era muy flaca.

Flaquísima.

Alguno dijo que esta alienígena era así porque allá en su lugar de origen la gente comía solo cebolla con sopa de fideos y, a veces, solo legumbres y papas, que nada de carne que, según

la mamá del que hablaba, era la mejor fórmula para crecer.

Otro dijo que era porque allá hacía más calor y los niños caminaban largas distancias buscando los pájaros entre los árboles, para comerlos, porque en los supermercados todo escaseaba.

Sánchez dijo que a él no le parecía que comieran pájaros. Que los que comían pájaros éramos nosotros mismos: pollo, pavo, esas cosas. Que la alienígena no era tan flaca, que eso sí la ropa le quedaba muy chica, menos los zapatos, que le quedaban grandes. Que él ya la había tenido cerca, en el pupitre, y que apostaba un paquete de papitas al que fuera capaz de medir su talla y compararla con la de él.

—Tú no eres flaco —le repostó Fredo Chacón.

—Por eso digo —dijo Sánchez.

—Eres enano.

—¡Cállate!

—Y entonces... ¿qué comen?

Todos pensamos en eso durante un buen rato.

—Mi padre dice que han venido a quitarnos el trabajo.

Cuando Fredo dijo eso, todos imaginamos a nuestros padres sin empleo y con cara de preocupación, riñendo en casa, angustiados por la compra de los víveres, la nevera vacía, nada de carne, solo cebollas y fideos, a veces papas y legumbres.

—Y que no quieren trabajar —agregó Fredo.

Fue Adriana Marteli la que se dio cuenta de la contradicción, porque repuso:

—Y si no quieren trabajar, ¿cómo van a quitarnos el trabajo?

Fredo se quedó mirándola con los ojos de repente muy nublados, amenazadores. Entonces la contrató, con aire hosco:

—A ti te gustan esos alienígenas, ¿verdad?

Adriana le sostuvo la mirada mientras los demás esperábamos una de sus salidas, una de esas cuyas palabras podían derribar hasta moscas.

—A mí los que no me gustan son los que dicen tontadas —replicó ella, y tomó el camino hacia el bosque de las niñas, el lugar donde ellas siempre consumían su merienda y donde ningún niño entraba, detrás del quiosco de los refrigerios.

Fredo Chacón movió la cabeza como para tratar de entender la frase, pero se tranquilizó al segundo siguiente porque no la entendió.



A mí me pareció que la recién llegada era, además, invisible para la gente de cierta edad, pero eso nadie lo mencionó. ¿Qué otra cosa podía ser si ese primer día la profe Eugenia no la llamó de ninguna manera, ni le preguntó si sabía leer o sumar, ni pareció siquiera notarla? Como si la alienígena no estuviera allí, mirándose los zapatos todo el tiempo, sin moverse.

Tampoco nos dijo de dónde venía, ni por qué.

Claro que cuando entramos del recreo a todos nos pareció que con la mirada la profe dijo que no hiciéramos mucha bulla, como para no incomodar a *alguien*.

Todos entendimos y seguimos haciendo como si la alienígena no existiera. Fingiendo. Porque apenas ella movía uno de sus pies, como si fuera a aplastar un bichito en el suelo, todos volvíamos a mirarla de inmediato, como vigilándola.

Y entonces ella se congelaba de nuevo. Sentía nuestros ojos clavados en ella.

Como un insecto.

Cuando salimos ese día, la alienígena se quedó allí, en su pupitre.

Muy quieta.

Pero por la tarde todos la olvidamos.

O tratamos de olvidarla.

